

en un anciano, sintió más que nunca vergüenza de sí mismo; y las breves palabras de Matute, tan humildes como insólitas, hicieron que su frente se cubriese de rubor:

—Caballero, ha sido una violencia, continuó diciendo. Caballero, perdóneme. ¿Me perdona?

—No hay de qué, señor.

—No diga usted eso. ¿Me perdona?

—Está usted perdonado.

—¿De todo corazón?

—De todo corazón.

—Gracias, no esperaba menos de usted.

Y anheloso de resarcir el mal que acababa de hacer, abrió con mano febril una de las gavetas de la mesa, y sacando una talega de dinero, la puso en manos del anciano.

—¿Para qué es? preguntó Matute.

—Para usted.

—¿Toda?

—Toda; haga usted con ella lo que quiera.

La emoción cegó á don Juan, que quedó deslumbrado: apenas podía creer lo que pasaba. Lograba al fin lo que tanto había deseado, pues podría cumplir lo ofrecido á sor Ignacia, y tendría el niño cuanto hubiese menester. Reflexión tan placentera borró de su alma hasta el recuerdo de la ofensa recibida, y absorto en aquellas consideraciones, y pensando sólo en la largueza de la dádiva, tomó la mano del ge-

neral, murmurando un “¡Dios se lo pague!” y la llevó á sus labios.

Briones la retiró como si hubiera sentido el contacto del fuego. Sin comprender lo que estaba pasando, vió como al través de un velo de niebla, que Matute se marchaba sonriente y haciendo profundas reverencias; y considerando la fealdad de su acción y la belleza del alma del anciano, sintió que un sollozo le brotaba del pecho y de los ojos una lágrima, al bajar á su conciencia la confusa percepción de una extraña grandeza.

V.

Se rompe un velo inútil.

Omitimos describir la satisfacción que se dibujaba en el rostro de Matute al presentarse á la superiora del Hospicio momentos después de la escena que acabamos de relatar, el asombro de ésta al recibir de manos del anciano tanto dinero, y las fiestas que ella y las otras hermanas hicieron á las canastas de provisiones; el lector podrá figurarse todo eso, tomando en consideración las circunstancias del caso. Para colmo de alegría, resultó que las cuentas mismas de sor Ignacia habían sido exageradas, y que el surtido de todo lo

necesario para el niño, costaba menos de lo calculado; de suerte que con el subsidio de don Juan, pudo comprarse lo preciso no sólo para Joaquín, sino también para Berta y otras varias criaturas.

—Ya que la casualidad trajo á la vez á los dos niños á esta santa casa, dijo la graciosa hermana sor Marcelina, conviene poner juntas sus cunas; tanto más cuanto que un mismo acto de caridad y un mismo óbolo piadoso les han proporcionado cuanto han menester.

Así fué cómo desde aquel día, se vieron contiguas las cunas de Berta y Joaquín, y los nombres de los niños anduvieron juntos constantemente en los labios de todos.

Pocos días después, se dió traza al bautismo de la expósita. Para ello fué invitado un matrimonio rico, como que la superiora no perdía oportunidad de provocar las liberalidades de la gente adinerada; y como era público y notorio que aquellos buenos señores apaleaban los pesos, como suele decirse, los eligió sor Ignacia para el objeto, no sólo con el fin de arrancarles alguna limosna, sino también con el de poner bajo su protección á la tierna niña á quien se iba á cristianar. Desgraciadamente eran demasiado viejos aquellos buenos señores, y murieron mucho antes que su ahijada. Buscando al acto mayor relieve, obtuvo sor Ignacia que el mismo deán de la Catedral, tanto más decorativo cuanto más anciano y trémulo parecía, fuese

quien administrase el agua bautismal á la criatura. Cúmulo tal de bien escogidas circunstancias, dió por resultado que el día del bautizo fuese de gran regocijo en la casa de los pobres, que éstos vistiesen con esa ocasión, sus trajes de fiesta, que hubiese lucidos refrescos en el refertorio, que los compadres repartiesen volos entre todos los asilados, y que, amén de todo eso, fuesen llevadas al hospicio cargas de diversos azúcares y cereales, donados por los padrinos, que eran dueños de famosas y ricas haciendas.

A la niña se le puso por nombre Berta Cabañas, lo primero en obediencia á la indicación contenida en el papelito hallado en el relicario, y lo segundo, en honor al santo obispo fundador de aquella casa; y el angelito lució ricas mantillas y encajes finos en la ceremonia, merced á la liberalidad de sus padrinos, quienes, aparte de eso, le otorgaron un donativo de cien pesos, que recibió sor Ignacia para que dispusiese de su valor en beneficio de la niña, ó bien para que se lo conservase como un corto dote para cuando saliese del Hospicio.

Pasados los festejos, siguió la vida regular y monótona de la casa de caridad.

Casi á la vez concluyó la lactancia de Joaquín y Berta, á pesar de la diferencia de sus sendas edades; pues como aquél era tan desmedrado y endeble, y ésta tan fuerte y sana, resultó que el niño necesita-

se nodriza casi dos años, con lo que se igualó con Berta, quien la tuvo sólo diez y ocho meses. Sufrieron al mismo tiempo el destete, adolecieron á la vez de los trastornos gástricos que ocasiona la dentición, y más tarde, las viruelas locas y el sarampión los obligaron á guardar cama en igual época.

Durante ese período de evolución, cuidó sor Marcelina de ellos con cariño maternal, en tanto que Matute no cesaba de llevar al Hospicio buen contingente de dinero y víveres, ya para el sostenimiento general de la casa, ya para hacer frente á los gastos personales de su protegido; y como los recursos que aportaba solían ser superiores á las necesidades del niño, hallaba medio sor Ignacia de hacer á Berta partícipe del beneficio. Entretanto iban creciendo paralelamente Berta y Joaquín. Este pobre muchacho parecía todos los días más obscuro de color, hirsuto de pelo, deprimido de frente, aplastado de nariz y hendido de boca. Sor Marcelina le había tomado, con todo, bajo su protección por eso mismo, y tenía para él ternuras exquisitas. Traíale en brazos y paseábale alegre por patios y jardines, jugueteando con él y cantándole dulces canciones; y acariciábale y besábale con tan franco y espontáneo deseo, como si se hubiese tratado del delfín de Francia. Y como no faltase quien se manifestase asombrado al ver su predilección por Joaquín

y su aparente despego hacia Berta, explicaba el caso la buena hermana muy grave y dulcemente con las siguientes razones:

—Bien comprendo que no hay comparación posible entre estos dos niños desde el punto de vista de la figura; pues mientras Joaquín es feo y poco gracioso, es la niña un granito de oro, un capullito de rosa, una estrellita del cielo; mas por eso precisamente consagro mis preferencias á Joaquín, porque, si yo no le quiero y agasajo ¿quién ha de hacerlo? ¿Y no sería cosa muy triste que no tuviese este pobre niño quien le mimase? Ciertamente que el señor Matute le quiere bien y le protege; pero lo hace á estilo de padre y no de madre!

Y añadía en tono sentencioso:

—No basta dar á los niños comida y vestido; es necesario darles también caricias, porque las han menester tanto como el sustento. Los niños feos las necesitan aún más, porque á ellos todo el mundo se las niega. Se les hace la caridad, pero desde lejos, porque no inspiran simpatía; de suerte que son dos veces indigentes. Ejerzo, pues con Joaquín una caridad á mi modo; yo, que no tengo nada le doy mis caricias. Si no fuera por mí no habría quien le pasara la mano por las mejillas, ni quien posase los labios sobre su frente y sus ojos.

Y al decir esto la tierna hermana, estre-

chaba contra el corazón á Joaquín y le besaba con sincero arretrato.

Y en efecto, mientras á Joaquín nadie le hacía aprecio, andaba disputada la niña de mano en mano, no sólo por las hermanas, sino también por las asiladas y las visitas; siempre festejada, acariciada y querida, llena de mimos y regalos. Y es que era tan atractiva, como si las hadas desde la cuna, se hubiesen empeñado en concederle todos sus dones. Blanca como la leche, de frescas, rosáceas y redondas mejillas, de ojos azules y grandes, de boca roja y diminuta, de pelo rubio y rizado, siempre alegre y risueña, parecía un que rubín bajado del cielo.

Y para que nada faltase á sus inocentes hechizos, había recibido de Dios la índole más mansa y cariñosa que se ha visto. Nunca se oponía á nada, á todo estaba constantemente dispuesta; su complacencia era perpétua é intuitiva. La primera palabra que aprendió á decir, después de "mamá," fué "sí." A todo cuanto se le decía, contestaba que "sí."

—¡Que te levantes, Berta! decíale sor Marcelina.

—¡Sí! respondía la niña.

—¡Que no comas tanto pan!

—¡Sí!

—¡Que no te arrastres por el suelo!

—¡Sí!

—¡Que entres en el dormitorio!

—¡Sí!

—¡Que te metas en la cama!

—¡Sí!

Y siempre "sí;" en todo momento y en cualquier ocasión "sí" y "sí," ya le agradase ó le fuese enojoso el mandato, ora significase un placer, ora una pena. El cielo había formado aquella almita, de dulzura y obediencia, de suavidad y de amor. ¿Qué extraño, pues, que cuantos la conocieran se sintiesen dispuestos á cogerla en brazos, festejarla y acariciarla con intensa fruición y simpatía? Sus mejillas, semejantes á maduros melocotones, eran una perpétua invitación al beso, y tan apremiante, que nadie la resistía.

Era opinión general que Berta viniese de alguna familia principal y empingorotada. Los malignos se complacían en atribuirle altas paternidades y maternidades, con designación expresa de nombres conocidísimos y aristocráticos; pero todo eso no era más que pura fantasía ó declarada impostura, pues, en realidad, nadie sabía nada sobre el origen de la niña.

Nosotros vamos á decirlo, porque estamos en el secreto, y preferimos revelar esta poridad, á mirar calumniada y en lenguas á la inocencia.

Sus padres, aunque de buena procedencia, formaban parte de esa clase que, por hallarse igualmente alejada de la baja y de la alta, es conocida con el nombre de "media." Su abuelo materno, el doctor en medicina y cirujía, don Leopoldo Revuel-

ta, había gozado en Fópoli reputación de docto y acertado, y, mediante una labor larga y asídua, había logrado colocar á su familia en una posición decorosa. En sus buenos tiempos, había llegado á ser profesor de la Escuela Médica del lugar y encargado de una de las salas del Hospital Civil. Desgraciadamente, debido á causas desconocidas, al llegar apenas á la madurez de la vida, había sentido que se le debilitaba la vista, y poco á poco, había ido perdiendo la fuerza óptica, sin que ni los mayores esfuerzos de sus colegas, ni los cuidados esmerados de su hija Teodosia, hubiesen sido parte á atajar el avance de la terrible dolencia. Según el diagnóstico de los mejores oculistas, la enfermedad del doctor Revuelta no había tenido remedio desde que se había iniciado, pues consistía nada menos que en la parálisis del nervio óptico, mal profundo y recóndito, que ni colirios ni escarpelos son capaces de alcanzar ni combatir. Así fué que siguió oscureciéndose gradualmente la vista del profesor, quien había comenzado por no percibir los objetos por algunos de sus lados, mientras los miraba claramente por otros. Entretanto, parecían sanos los ojos del enfermo: hermosos y lípidos, de niñas transparentes y azuladas, y de expresión suave y melancólica. Fijábanse en los del interlocutor con la misma dulzura y claridad de siempre, y nadie hubiera sospechado estuviesen amenazados de ceguera, pues

no tenían rojez ni deformación en la córnea, ni mancha en el cristalino, ni cosa que pareciese alarmante en ninguna de sus partes; por eso precisamente daba mayor compasión el verlos, pues dolía considerar que, bajo su apariencia normal, llevasen acurrucada en el fondo la sombra que acabaría por cubrirlos.

Había enviudado pronto Revuelta, y como único alivio de su soledad y tristeza, conservaba á su lado una niña llamada Teodosia, débil y triste resto del náufrago bajel de sus amores. Por fortuna, cuando comenzó á manifestarse la dolencia, contaba ya Teodosia diez y seis años; y como era lista y animosa, había podido, á pesar de su corta edad, hacerse cargo de la situación, no sólo para proveer al gobierno de la casa, sino también para cuidar y atender con eficacia á su padre.

Había heredado Teodosia la hermosura de la madre, la cual á su vez la había heredado de la abuela; en aquella familia no había habido hembra fea, ni exenta de atractivo, pues hasta las menos favorecidas por la suerte, habían sido, cuando menos, graciosas. Tan precioso legado transmitido de generación en generación, parecía destinado á perpetuarse en aquella familia. Morena era Teodosia, pero de un tinte moreno bastante claro, y llevaba en las mejillas el color de la salud y de las frescas manzanas. No tenía ojos grandes, pero sí expresivos y de largas y

rizadas pestañas; y, aunque su estatura no era elevada, era tan bien proporcionada de cuerpo, que un griego no le hubiese dado ni una línea más ni una línea menos por ninguno de sus lados. Sus facciones no pecaban por exceso ni por defecto, y tenía una gracia tal en la fresca y encendida boca, ya para hablar, ya para reír, ó bien para hacer mohines, que, complacidos los ojos, se recreaban contemplando los primores y donaires de sus rojos labios y la resplandeciente blancura de sus dientes. A todo eso, había que agregar la extraordinaria fogosidad de su temperamento, que le comunicaba una vivacidad exuberante y una fuerza de atracción irresistible.

A medida que la ceguera de Revuelta había ido avanzando, el buen doctor, dominado por la tristeza, había ido retirándose de la sociedad y del mundo, hasta el punto de quedar reducido á la compañía de algunos deudos y muy contados amigos. Entre ellos se encontraba un joven discípulo suyo, muy simpático, llamado Francisco Palacios. Al cursar aquel joven el primer año de Medicina, recibió clases de Revuelta, quien comenzaba ya por aquel tiempo á quejarse de fatiga en la vista; y, con motivo del trato y bondades del profesor, había dado Palacios en frecuentar la casa de éste, ya para consultar libros, ya para recibir especiales explicaciones sobre los cursos. Poco tiempo después, había quedado incapacitado Re-

vuelta para continuar desempeñando el profesorado, y desde entonces el agraciado Palacios se había impuesto el deber de no abandonarle; así que le visitaba muy á menudo, entreteniéndole con la crónica de la Escuela y del Hospital, y con lecturas de libros y periódicos.

Palacios era hijo de un comerciante de aldea; mas por su brillante apostura, blancura de la piel y color dorado del pelo, habríale tomado cualquiera por un hermoso hijo de Albión. En todo caso, tenía la pinta de un inglés pobre, pues sólo disponía para hacer sus gastos, de una pensión miserable, que le bastaba escasamente para pagar el mísero cuartucho donde vivía, y procurarse una ruin alimentación. Apasionado por el estudio y de una inteligencia notable, gozaba de gran estimación entre sus condiscípulos y maestros; y era opinión general entre unos y otros, que no había habido de muchos años á aquella parte, alumno de más aventajado entendimiento que él en las clases que iba cursando. Tendría por entonces diez y nueve años, y llevaba el alma tan cargada de ensueños y de tanto fuego el corazón, que bien pudiera decirse que no vivía en este mundo, sino absorto en la contemplación de las mágicas ilusiones que volaban por su mente.

Privado de hogar propio, tomó el joven por suyo el de Revuelta, y pronto quedó establecida la costumbre de que casi no sa-

liese de aquella casa, donde bien se hallaban todos en compañía, y donde se pasaban horas gratisimas de sabrosa conversacion ó escogida y variada lectura. De aquel roce constante y creciente intimidad entre los jóvenes, nació la inclinación mutua de Francisco y Teodosia. Hermosos, inexpertos, y aproximados por la suerte, estaban fatalmente destinados á quererse; así que la historia de sus amores fué natural y lógica, aunque desgraciada. Se amaron al principio con amor de niños, casto y puro, é hicieron juntos, dulces proyectos de dicha para lo porvenir; y el doctor, que supo á tiempo lo que pasaba, no solamente lo aprobó, sino lo aplaudió cordialmente, creyendo ver en aquellos amores, un acontecimiento providencial para sostén y dicha de su hija. Desgraciadamente su ceguera fué aumentando, y disminuyendo con ella su cuidado y vigilancia cerca de los ardorosos adolescentes. Y como el fuego crecía y las ocasiones se venían á las manos, y como á la inexperiencia de la edad, se unían el arrebató de la juventud y la impaciencia por llegar al término anhelado, sucedió lo que era de esperar. Y fué que aquellos amores todos los días más vehementes, fueron perdiendo poco á poco idealidad y poesía, hasta llegar á convertirse, al fin de todo, en una triste caída y en una falta vergonzosa. Por fortuna acaecía todo eso cuando ya Revuelta podía apenas distinguir los objetos; así

que el pobre padre no llegó á darse cuenta de lo que pasaba, y continuó creyendo que los jóvenes se amaban sin mengua de sus deberes, mancilla de su nombre, ni ultraje á su desgracia. Y quiso Dios misericordioso que, antes de que Teodosia viesse sellada su falta con la venida al mundo del fruto de sus culpables amores, una breve y aguda dolencia sacase á Revuelta de aquel mal paso; que sólo por las puertas de la ceguera y de la muerte pudo librarse de la vergüenza y de la deshonra.

Apenas fallecido Revuelta, tuvo la exaltada Teodosia un agrio coloquio con Palacios, á quien exigió un matrimonio inmediato para reparacion de su buena fama; pero como el joven era pobrísimo y de menor edad, no pudo acceder á ello desde luego. En cambio, juró á la joven por lo más sagrado, que lo haría tan pronto como allegase los recursos indispensables y cumpliese los veintiún años; pero Teodosia no entendía de razones: le llamó traidor y fementido, lloró de rabia y despecho, se volvió casi loca, y, sin más ni más, le despidió de su casa, diciéndole que nunca volverían á verse. Y en efecto, á la hora menos pensada desapareció de su hogar, sin que nadie pudiese dar noticia de su paradero; y se ocultó tan bien y porfiadamente, que nunca más volvió á verla su amante, ni á saber de ella durante su vida.

Lo que hizo, en realidad, fué meterse en la casa de una parienta lejana que tenía,

y vivía en las afueras de la ciudad, y ahí dar á luz á su hija Berta, entre terribles y alternados accesos de llanto y cólera. Después de eso, obrando con una frialdad y un endurecimiento de corazón inexplicables á sus años, y no queriendo batallar con la niña ni echarse áuestas la carga de su culpa, la llevó por sí misma á la inclusa, como queda relatado.

Su incalificable conducta y el extraño é impensado desenlace por ella dado al amoroso conflicto, dejaron en el corazón de Francisco una huella de dolor, que nunca llegó á borrarse. Teodosia y su hija se perdieron para él en el torbellino de la vida, como una gota de agua en el océano, como una voz en el desierto; pues por más empeño que tomó y pasos que fué dando para aclarar el misterio, nunca logró penetrarlo. Así se vió eclipsada para siempre la alegría de su juventud, pues, aparte del peso abrumador de aquella amarga historia, sentía sobre sí el de una responsabilidad imposible de ser satisfecha.

¿Quién podría adivinar el paradero de Teodosia? ¿Quién explicar á qué fin llevó á su hija á la casa de expósitos? ¿Quién asegurar que no haya sido para salir de nuevo á la sociedad, renovada y libre, á fin de seducir otro corazón y conquistar nombre y esposo al abrigo de una falsa virtud? ¿Quién, que no haya sido para

entregarse á la liviandades de la juventud, del amor y de la codicia?

Dejémosla pues, engolfarse en el mar de la existencia, como potente fragata armada en guerra y dispuesta á abordar y echar á pique inexpertos y confiados bajeles; y volvamos los ojos á Palacios, cuyos breves y románticos hechos valen bien la pena de ser bosquejados.

VI

Cómo murió Palacios.

Mientras Berta y Joaquín iban creciendo al abrigo de la Casa de Caridad, arreciaban los vientos revolucionarios fuera del recinto misericordioso. Santa Anna había ascendido á la presidencia una vez más, por medio de la revuelta, y habíase hecho proclamar dictador vitalicio y otorgar poderes para nombrarse un sucesor. Los patriotas volaron á las armas. Corta fué la lucha. México estaba cansado de "su Alteza;" la situación se fué desmoronando como el azúcar en el agua, y el dictador se vió obligado á salir de la República. Al triunfo de la revolución, fué convocado el pueblo para elegir diputados á la Constituyente, y poco después se reunió en México el Congreso Nacio-